



## TERCERA PARTE.

### EPOCA DE LAS REVOLUCIONES.

#### CAPITULO PRIMERO.

Primeros años de México libre.

#### I

#### La Regencia.

El día 28 de Septiembre de 1821 se instaló la JUNTA PROVISIONAL GUBERNATIVA compuesta de 34 personas, la cual, después de decretar el ACTA DE INDEPENDENCIA DEL IMPERIO MEXICANO, nombró una Regencia que había de gobernar á la nación, mientras viniere á ocupar el trono Fernando VII, ó algún otro Príncipe: la Regencia la formaban Iturbide como Presidente, el Virrey O'Donojú, D. Manuel de la Bárcena, D. José Isidro Yáñez, y D. Manuel Velázquez de León.

Apenas consumada la Independencia y establecido el nuevo Gobierno, aparecieron los partidos cuyas luchas intestinas habían de teñir de sangre el territorio mexicano por espacio de medio siglo. El partido conservador con Iturbide á la cabeza, y



el partido liberal, dirigido por los antiguos insurgentes y por algunos españoles.

La revolución de Hidalgo, que rompió todos los hábitos de respeto á la autoridad que había en el pueblo, lo acostumbró al pillaje y lo pervirtió por los funestos ejemplos de división que dieron los mismos insurgentes, había hecho imposible el establecimiento de un gobierno republicano ó de una monarquía moderada. La Constitución de 1812, si bien contribuyó con sus nuevas teorías al triunfo de la Independencia, difundió también los principios subversivos de la Revolución Francesa, que tanto mal han causado á nuestra nación.

Iturbide y su partido creyeron posible gobernar con la moderación y la dulzura; se hicieron la ilusión de que el Congreso que iba á reunirse se ocuparía en constituir á la nación, y no en poner dificultades al Gobierno. Pero el partido liberal, que es enemigo de toda autoridad, comenzó desde luego á hacer en el Congreso una violenta oposición á Iturbide, sin hacer nada que fuera de provecho á la nación.

Así las cosas, el Libertador á quien la Regencia había dado el título de GENERALISIMO fué proclamado Emperador de México la noche del 18 de Mayo de 1822 por las tropas y el pueblo: nombramiento que al día siguiente ratificó el Congreso, por haber desechado la Corte de España, los tratados de Córdoba, y haber quedado por lo mismo la nación en libertad de constituirse como mejor quisiera.

Fué un gran error el establecimiento de la mo-

narquía en México; porque si bien es cierto, que el pueblo estaba educado para ella, le faltaban á ésta elementos para poder subsistir; no había potencias extranjeras que la apoyasen y reconociesen; ni había dinastía de donde saliese el futuro Emperador, y sobre todo, no había fondos para sostener el lujo de una Corte, ni nobleza que la apoyase.

Nadie tenía mejores títulos que Iturbide para ceñirse la corona del nuevo imperio. Pero la distancia que había entre el antiguo coronel de realistas y el futuro Emperador era inmensa, y el Libertador no debió de haberla salvado; sino que debió limitarse á ser un Presidente ó Dictador absoluto que enfrenase todas las ambiciones y cimentase la paz; es decir, debió hacer lo que el actual Presidente de la República, Sr. General D. Porfirio Díaz ha hecho durante su gobierno. ¡Cuánta sangre, cuanta deshonra y cuántos atrasos se hubieran evitado así para la nación!

La coronación de Iturbide y de su esposa, se verificó con gran solemnidad el 29 de Julio de 1822. Quizá á pesar de lo que hemos dicho hubiera sido posible el imperio, si no se hubiera querido montar con tanto lujo, como si se tratase de una Corte europea, y sobre todo, si el Emperador hubiese tenido energía para dominar ó destruir á los antiguos guerrilleros insurgentes, Guerrero, Bravo y Victoria; que querían ser ahora guerrilleros de la política, y poner obstáculos al gobierno, sin proponer nada útil para la nación.

El partido liberal siguió luchando encarnecidamente contra el Gobierno en el Congreso: Se desa-



riolló entonces mucho la MASONERIA, pérfida institución que con la máscara de sociedad benéfica, conspira siempre contra el catolicismo, contra los Reyes y contra la felicidad de los pueblos. En multitud de LOGIAS masónicas se conspiraba para derrocar á Iturbide; pero no se meditaba en el modo de garantizar la paz, ni en los medios de hacer la felicidad del pueblo. La tenebrosa asociación sólo trataba de destruir.

La oposición en el Congreso llegó á tal grado, que Iturbide se vió precisado á disolverlo, y á mandar á aprehender algunos diputados. El sistema parlamentario era imposible en México; y esto solo hasta hoy lo comprendemos, viendo que ha sido preciso reducir al silencio las Cámaras, para poder reorganizar á la nación.

Si el Libertador hubiera hecho un escarmiento en los diputados presos; y con su general actividad y sus reconocidas dotes militares hubiese marchado violentamente contra Guerrero, derrotándolo y fusilándolo; y haciendo lo mismo con Santa Ana, á estas horas ni lamentaríamos la pérdida de la mitad de nuestro territorio, ni habríamos tenido cincuenta años de luchas intestinas, ni hoy tendríamos frente á nosotros al coloso del Norte, que no habría podido alcanzar la prosperidad que hoy tiene, y seríamos en fin, la primera nación de América y una de las primeras del mundo. Sí, porque nuestro territorio se extendía entonces desde Texas, la Alta California y Nuevo México hasta la Capitanía General de Guatemala inclusive, y poseía en las minas y en los campos inmensas riquezas que

no hemos sabido explotar. Iturbide contaba con el apoyo de la nación y habría podido darle la paz y hacerla grande.

Pero el magnánimo Emperador no quiso que por su causa se derramase sangre mexicana. Convocó al Congreso disuelto á sesiones, puso en libertad á los diputados que se hallaban presos y dando un ejemplo de abnegación, único en la historia, abdicó la corona del imperio. Elogiando este acto de desprendimiento, uno de nuestros poetas, el Sr. D. José María Lafragua, se expresa así:

«Si el señor Iturbide, como general y como libertador es igual ó si se quiere inferior á Bolívar y á Washington; si es menos que Napoleón como Emperador, es indudablemente superior á los tres, el día 30 de Marzo de 1823, abdicando en Tacubaya una corona que podía fácilmente conservar. Bolívar usurpó el mando y no supo dejarlo: Napoleón abdicó dos veces por fuerza, porque toda la Europa se había conjurado contra él: Washington no se halló en este caso; y así no puede asegurarse lo que habría hecho; Iturbide, pues, aparece solo, dando este noble ejemplo de heroicidad, despojándose del poder supremo voluntariamente y por un acto de puro patriotismo, que las generaciones venideras apreciarán en su verdadero valor. ¡Gloriémonos de que haya nacido en nuestra patria!»

El Congreso no comprendió la heroicidad de Iturbide, y mostrándose muy pequeño no aceptó la abdicación, diciendo que le había proclamado Emperador cediendo á la fuerza. Y los hombres



que así hacían alarde de su nulidad, eran los que iban á reconstituir la nación!

## II

### Destierro y muerte del Libertador.

Iturbide abandonó la capital, el 30 de Marzo de 1823 y custodiado por una escolta que mandaba Bravo llegó á Veracruz, donde se embarcó el 11 de Abril con dirección á Liorna, Italia.

El país, á la salida del Libertador, quedó sumergido en la anarquía. Las malas pasiones y los intereses bastardos hasta allí comprimidos por el respeto á la gloria de aquél, se desbordaron sin medida y comenzó una serie de revoluciones que afortunadamente ha terminado en nuestros días.

La nación no había olvidado á quien la hizo libre, y frecuentemente manifestaba el cariño que le profesaba ya de un modo ya de otro. Con motivo de una reacción Iturbidista que empezaba á desarrollarse, el Congreso expidió un decreto inicuo el 28 de Abril, declarando traidor y fuera de la ley á Iturbide, que había dado libertad á la antigua colonia!

Entre tanto, el Libertador ignorando el bárbaro decreto, pasó de Liorna á Londres, y de allí volvió á México, alentado por la reacción que se operaba en su favor y con el noble deseo de servir á su patria, cuya independencia se hallaba amenazada por la Santa Alianza. El día 14 de Julio de 1824 llegó al puerto de SOTO LA MARINA, donde fué hecho prisionero por el General Felipe de la Garza, á

quien Iturbide había hecho grandes beneficios. Se le informó del inicuo decreto que sobre él pesaba y que ignoraba del todo; y conducido á Padilla, se reunió allí el Congreso de Tamaulipas, que usurpando atribuciones judiciales y sin otra solemnidad que la identificación de su persona, le condenó á muerte. El 19 de Julio de 1824, á las seis de la tarde, el Libertador fué fusilado, regando con su sangre el suelo que había hecho libre. Parricidio tan horrendo, atrajo sin duda la cólera del cielo sobre México, y no es aventurado afirmar que la humillación de nuestras armas en las guerras extranjeras, la pérdida de la mitad de nuestro territorio; el desprecio con que todo el mundo nos veía y los torrentes de sangre que han inundado nuestro suelo, han sido justo y á la vez benigno castigo con que la Providencia ha vengado la sangre del Padre, derramada por sus mismos hijos!

## III

### Revoluciones intestinas y la invasión de Barrádas.

Muerto Iturbide, la forma republicana era la única que podía implantarse en México y la República central, es decir, aquella en que el gobierno que reside en la capital, administra por medio de unos representantes suyos, á las diversas porciones en que se divide un país; era la única conveniente y de ningún modo podía convenirnos la República federal, ó sea aquella en que cada porción del te-



territorio es independiente de las otras, en cuanto á su gobierno interior; y todas están unidas entre sí para la defensa y prosperidad comunes. Porque estando habituado el pueblo á obedecer á un centro, más fácil era gobernarlo así, que creando Estados independientes que sólo servirían para estar en guerra unos con otros.

No obstante, se adoptó la forma republicana federal; y en Octubre de 1824 se expidió la primera Constitución federal, y resultó electo Primer Presidente el General Don Guadalupe Victoria.

Inglaterra y los Estados Unidos reconocieron la independencia: esta última nación envió por su Ministro á MR. POINSET, que fomentó mucho la masonería, que tantos males ha causado á México. Los del partido moderado establecieron las logias del rito escocés, y los exaltados las del rito yorkino. Cada centro masónico fundó su periódico y fué una fábrica de conspiraciones.

El castillo de San Juan de Ulúa, que había quedado en poder de los españoles, se rindió en Noviembre de 1825. Este suceso hizo nacer en algunos la idea de restablecer la dominación española, y por este motivo fué aprehendido y fusilado el religioso dieguino Fr. Joaquín Arenas. Esto dió ocasión á que el partido exaltado hiciera que el Congreso expidiese un decreto de expulsión de los españoles, y muchos de éstos, respetables por su probidad y sus riquezas, abandonaron el país. En el Congreso se opuso á esta medida injustificada el Ilmo. Sr. Portugal, Obispo de Michoacán.

Los años de 1828 y 1829 hubo algunos pronun-

ciamientos provocados por las elecciones presidenciales, que se verificaron el primero de dichos años, resultando electo el General Gómez Pedraza. Triunfante la revolución hecha contra éste, subió al poder D. Vicente Guerrero.

Durante su período, desembarcó en Tampico una expedición española compuesta de cuatro mil hombres, que venían con el objeto de reconquistar á México. El General Santa Ana, que fué el primero que proclamó la República, fué el jefe encargado de combatir esa expedición, y lo hizo con tan buen éxito, que el día 11 de Septiembre de 1829 después de doce horas de combate, capitularon las tropas españolas, entregando las armas y comprometiéndose á salir del territorio y á no volver á tomar las armas contra México.

#### IV

#### Muerte de Guerrero.—Guerra con Francia.

Una revolución hizo caer á Guerrero, y subió al poder el General Bustamante, que llenó la cárcel de reos políticos. Hubo varios pronunciamientos contra su gobierno, pero los venció todos, y sólo Guerrero en el Sur seguía haciéndole la guerra. Para vencerlo, apeló Bustamante á la traición. Compró al capitán de un buque italiano, quien invitó á Guerrero á comer á bordo de su buque: una vez allí el antiguo insurgente, el buque levó anclas del puerto de Acapulco y lo condujo á Huatulco,



donde fué entregado á las tropas del gobierno: llevado á Oaxaca, se le procesó y condenó á muerte, siendo fusilado en Cuilapa el 14 de Febrero de 1831. Así murió el compañero de Iturbide, el que en Acatempan se unió con el Padre de la patria para realizar la Independencia; y que después fué uno de sus más encarnizados enemigos. El, contribuyendo á la caída del Libertador, abrió la era de las revoluciones, de que él mismo fué víctima.

Tras de varias agitaciones, fué electo Presidente de la República el General Don Antonio López de Santa Ana, el vencedor de Tampico, que con la derrota de los expedicionarios españoles, había adquirido inmensa popularidad. Mientras tomaba posesión del mando, se encargó del gobierno Don Valentín Gómez Farías.

Este pertenecía al partido yorkino. En un principio, las lógias fueron meras asociaciones políticas, y esto explica que en ellas hubiera muchas personas de firmes ideas religiosas, pues la masonería aquí, como en todas partes, no descubrió inmediatamente sus tendencias anticristianas é impías. Pero ya en 1833 los dos campos estaban deslindados. Los conservadores defendiendo en apariencia los derechos de la Iglesia, y en realidad defendiendo sus propios intereses, invocaban los principios de orden y moralidad, contra el antiguo partido yorkino transformado ya en liberal y demagogo exaltado; y que fingiendo acatamiento á la Iglesia, la atacaba en sus inmunidades y dogmas.

A este partido pertenecía Gómez Farías. En cuanto subió al poder desterró á varias personas

sin causa alguna, pretendió arrogarse el derecho de nombrar los Obispos, excluyó al clero de la enseñanza, y dictó otras medidas sobre disciplina eclesiástica. Esto hizo que al grito de RELIGION y FUEROS estallara un pronunciamiento promovido por el partido conservador. Santa Ana salió á batir á los revoltosos; pero sus mismas tropas se revelaron contra él y el General Arista le puso preso. Recobró á poco tiempo su libertad y tomando posesión del gobierno derogó todas las leyes que había dictado Gómez Farías y que el había querido apoyar con las armas. Esto ocurrió el año de 1833.

Hombre sin ningunas convicciones políticas y que solo buscaba su medro personal, Santa Ana destruyó por sí mismo la República federal, no obstante haber sido el primero que la proclamó, lo cual como era natural produjo nuevos pronunciamientos.

El espectáculo que México ofrecía al mundo con sus guerras civiles, hizo que algunas naciones extranjeras se aprovecharan de esa situación para explotar á la República. En 1838, Francia pidió á México una fuerte indemnización por los daños causados á ciudadanos franceses en nuestras guerras. Pastelero francés hubo, que reclamara sesenta mil pesos por pasteles que decía le habían robado en un pronunciamiento. Pero á pesar de lo absurdo de estas reclamaciones, los cañones franceses las apoyaron; y á pesar de los esfuerzos hechos por el General Santa Ana para arrojar de Veracruz á las tropas francesas nada consiguió y México se vió en el caso de pagar á Francia enormes sumas que no debía.



## Guerra con los Estados Unidos.

Mas no era ésta la única humillación que México había de sufrir. Al norte se elevaba la República de los Estados Unidos que iba adquiriendo un gigantesco desarrollo y que codiciaba nuestro fértil suelo. Poco después de la independencia, Estéban Austín pidió permiso de establecer en los vastos y despoblados territorios de Texas una colonia norteamericana, la cual creció rápidamente, y aprovechándose de la anarquía que había en México, se reveló contra el gobierno y proclamó su independencia contando con la protección que le impartían los Estados Unidos. Para someter á estos rebeldes colonos marchó Santa Ana al frente de seis mil soldados y á principios de 1836 llegó á Texas. Las armas mexicanas obtuvieron repetidos triunfos que al fin de nada sirvieron, por las medidas desacertadas del General en jefe que hizo desvastar los campos y destruir los pueblos, y fusilar á cuanto prisionero caía en sus manos; obligando con esto á los texanos á defenderse hasta el último extremo. Estos, que de los Estados Unidos recibían dinero, armas, y aun soldados, aprovechando un momento oportuno sorprendieron al ejército mexicano y lo derrotaron é hicieron prisionero á Santa Ana que aun estuvo á punto de ser fusilado; para escapar de la muerte ordenó que su ejército retrocediese hasta Matamoros. Pocos meses después, traicionando á México reconoció la independencia de Texas, logrando así salir de su prisión y volver á la capi-

tal, sin que fuese castigado por su indigno comportamiento.

Esto no era sino el principio de la dolorosa humillación que iba á sufrir nuestra patria. Texas, después de haberse anexado á los Estados Unidos, y de haber reprobado esta anexión el Congreso norteamericano, fué agregado como nuevo Estado á la Unión norteamericana en 1845, y como si esto no fuera bastante, invadieron las tropas de esa nación el territorio mexicano; motivo por el cual se declaró la guerra entre ambos países en 1846, siendo Presidente de la República Mexicana el General Don José Joaquín Herrera.

Recordar los pormenores de esta guerra es triste y vergonzoso para el corazón mexicano. Se enrojece el rostro al ver que pudimos vencer, y que fuimos derrotados mas que por el enemigo, por las torpezas, ambiciones y ruindades de los jefes del ejército mexicano. En cambio, nos enorgullecemos al ver que el soldado mexicano siempre sufrido y valiente se portó con heroicidad en toda la campaña, derramando inútilmente su sangre generosa, y que el pueblo dió siempre muestras de patriotismo y de valor.

El Presidente Herrera puso un ejército de seis mil hombres al mando del General Paredes, para que dirigiéndose á la frontera norte contuviera los avances del enemigo; pero ese indigno General se pronunció contra el gobierno en San Luis Potosí, y léjos de marchar contra el enemigo, regresó á México donde entró triunfante y tomó posesión de la Presidencia el día 2 de Enero de 1846.



Este Presidente conservador, atentó como todos los de su partido á sólo sus propios intereses, léjos de procurar la unión de los mexicanos, tan necesaria en aquellos momentos, exaltaba los odios de partido intentando establecer la forma monárquica.

El ejército norteamericano á las órdenes del General Taylor avanzó sobre Matamoros, donde se hallaba el General Arista con el ejército mexicano. La torpeza de este jefe y la superioridad del armamento del enemigo, hicieron que nuestro ejército fuera derrotado en Palo Alto y la Resaca y que abandonase á Matamoros.

Una revolución arrojó del poder y desterró del país al General Paredes y en Diciembre de 1846 fué nombrado Presidente de la República el General Santa Ana que prefirió marchar contra el invasor, dejando en el poder al liberal Don Valentín Gómez Farías, que dando como todos los suyos, rienda suelta á su odio contra el Catolicismo, y olvidándose del peligro en que se hallaba la nación, decretó la nacionalización de los bienes eclesiásticos, es decir, quiso que los bienes que eran propiedad de la Iglesia pasasen á poder de la nación. Esta medida produjo un gran descontento en toda la nación, que veía que mientras el gobierno poco ó nada hacía por defender la honra nacional, atacaba las creencias de la mayoría de los habitantes del país.

Santa Ana marchó para San Luis Potosí, donde se le unió en Octubre de 1846 el General Ampudia, que se había visto obligado á capitular honrosamente en Monterrey y traía 4,000 hombres.

En San Luis permaneció el General Santa Ana tres meses, disciplinando sus tropas y equipándolas convenientemente, pero no se ocupó en formar un plan de campaña, que era lo más importante para no exponerse á la derrota.

En Enero de 1847 salió de San Luis el ejército mexicano compuesto de 18,000 hombres, llegando el 22 de Febrero á un punto llamado «La Angostura» donde se trabó un combate parcial, por querer ambos ejércitos ocupar una colina importante que al fin quedó en poder de los mexicanos. Al día siguiente y antes de que nuestras tropas hubiesen tomado alimento comenzó el combate; los norteamericanos perdieron todas sus posiciones, excepto una y retrocedieron una legua, no consumándose la derrota debido al General Miñón que no quiso obedecer la orden de cargar sobre el enemigo por la retaguardia. A las seis de la tarde concluyó la batalla habiendo quitado nuestro ejército al enemigo tres cañones, tres banderas, cuatro carros de parque, héchole varios prisioneros y desalojado de sus posiciones. En la noche Santa Ana que con un punible descuido no había procurado abastecer de víveres al ejército, se vió obligado á levantar el campo, bastando ésto para que el enemigo que temía ser derrotado al día siguiente, proclamase victoria. El ejército mexicano con su inepto jefe, emprendió después la retirada á San Luis.

Entre tanto, el Gobierno norteamericano considerando que era más fácil para sus tropas invadir á México por Veracruz que por el norte, donde tenía que atravesar largos y penosos desiertos, orde-



nó que un cuerpo de ejército á las órdenes de Scott atacara á Veracruz, y el 22 de Febrero de 1847 á las cuatro de la tarde, los norteamericanos en número de 13,000 comenzaron á bombardear la palza, defendida por 4,500 mexicanos.

Cuando se supo ésto en México, el Presidente Gómez Farías ordenó á los batallones de la Guardia nacional que marcharan á defender el puerto. Pero como con su política anti-cristiana había disgustado al pueblo mexicano, y atizado los odios del partido; los *polkos*, como se llamaba á los que formaban la guardia nacional, en vez de ir á luchar contra el invasor se pronunciaron contra el gobierno, y por espacio de quince días hubo en las calles de la capital combates reñidos, que terminaron con la llegada de Santa Ana á México á tomar posesión del poder.

Mientras así se derramaba inútilmente la sangre mexicana en las calles de México, la plaza de Veracruz sucumbía después de haberse defendido heroicamente por espacio de seis días, contra un enemigo cuatro veces superior, que desconociendo todas las leyes de la humanidad, bombardeaba de preferencia los hospitales y asilos, que hasta los mismos salvajes respetan. El ejército mexicano, después de haberse batido con valor, capituló honrosamente, y el enemigo hizo á la bandera mexicana los honores debidos. El día 29 de Marzo los norteamericanos se apoderaron de Veracruz.

El día 1.º de Abril salió Santa Ana de México á batir á los invasores, y por su torpeza fué derrotado cerca de Jalapa. De allí regresó á México,

donde comenzó á levantar tropas y á fortificar la ciudad.

El 19 de Agosto de 1847 se presentó el invasor en número de 11,000 hombres frente á Padierna, defendido por el general Valencia con 4,000 hombres y doce cañones. En la tarde se rompieron los fuegos y los norteamericanos fueron desalojados de sus posiciones. Llegó la noche, y Santa Ana ordenó á Valencia que se retirara, orden que éste desobedeció. Al día siguiente los pocos soldados que quedaron á Valencia fueron completamente derrotados.

El ejército norteamericano avanzó inmediatamente sobre la capital, siendo detenido en el convento de Churubusco por unos cuerpos de guardia nacional, que lucharon hasta consumir el último cartucho. Scott se apoderó del convento y habiendo preguntado al general Anaya, que mandaba á los defensores, dónde estaba el parque, el jefe mexicano contestó con dignidad que honrará á México eternamente: **Si hubiera parque no estaría V. aquí.**

Después de un armisticio de breves días, el día 8 de Septiembre se dió la batalla del Molino del Rey, en que los mexicanos á pesar de su inferioridad numérica y de su mal armamento, se sostuvieron muchas horas contra el enemigo, que hubiera sido derrotado, si el general Alvarez hubiera cargado con la numerosa caballería que mandaba, y Santa Ana no hubiera abandonado ese punto creyendo que el ataque sería por otro lado. Por estas circunstancias los mexicanos fueron derrotados,



murieron con gloria en esa acción el general León y el coronel Balderas.

El 12 de Septiembre asaltó el invasor el cerro de Chapultepec, defendido por el general Bravo con 800 hombres, que se sostuvieron dos días contra el grueso de las tropas extranjeras; allí murieron el bravo general Xicotencatl, y varios alumnos del Colegio Militar; niños héroes, que con su martirio honraron á la patria y dejaron inmortal ejemplo á la juventud mexicana!

En seguida ocuparon los invasores la capital, no sin que el pueblo hubiese hecho en las calles una heroica resistencia, y el 15 de Septiembre de 1847 la odiada bandera norte-americana ondeaba en el Palacio Nacional. La humillación de las armas mexicanas estaba consumada.

Santa Ana renunció la Presidencia, de la cual se hizo cargo el Sr. Lic. D. Manuel de la Peña y Peña, que estableció su gobierno en Querétaro. El Congreso allí reunido destituyó á Santa Ana, que tuvo que huir á la América del Sur.

No faltaba sino la última y suprema humillación. El invasor propuso la paz y el gobierno mexicano se vió en el caso de aceptarla, y el 2 de Febrero de 1848 se firmó en Guadalupe Hidalgo el tratado de paz, por el cual México cedía á los Estados Unidos el territorio de Texas, Nuevo México y Alta California, recibiendo como de indemnización quince millones de pesos. De esta manera perdimos más de la mitad de nuestro territorio.

Tanto el partido liberal, como el conservador son responsables de tamaña afrenta al honor na-

cional. Uno y otro se desentendieron de la guerra extranjera y provocaron revoluciones, en los momentos en que la unión era más necesaria. Los jefes dieron muestras de impericia y cobardía. Sólo el pueblo y la juventud mexicana, luchando heroicamente, iluminan con su gloria, las densas sombras de desastres y perfidias que cayeron sobre la nación en los años de 1846 y 1847.